

**[English below]**

**IMÁGENES DE LA RESISTENCIA GLOBAL: nadie sabe lo que un cuerpo puede.**

En verdad, nadie sabe lo que un cuerpo puede.

Todo el mundo ha visto, desde hace unos años, en la prensa, en la televisión, en los semanarios ilustrados a todo color, imágenes de grupos de jóvenes ataviados con disfraces coloridos. Jóvenes inocentes, cargados quizá de razones, pero también de quimeras; cuerpos bailongos, simpáticos e inofensivos, brincando frente a la policía como en una gran fiesta, recorriendo el mundo en pos de la próxima cumbre internacional.

Todo el mundo reconoce también al otro abyecto: anónimos enmascarados, vestidos de negro, cuerpos opacos que destruyen y arrasan. Mucha gente ha visto en los reportajes militantes infinidad de imágenes aterradoras sobre la violencia policial ejercida contra los cuerpos rotos y desarticulados de esos jóvenes.

Algunos estamos ya cansados de ver otros documentos bienintencionados donde la gente gesticula y habla en asambleas interminables, donde rostros deformados, retratados en encuadres imposibles, teorizan y postulan programando el enésimo futuro deseable. Ya hemos visto demasiadas de esas imágenes ante cuya visión uno afirma, con perplejidad y algo de desánimo, “yo no he estado ahí, no me reconozco”. Pero ninguna de todas estas imágenes se aproxima a representar de qué es capaz un cuerpo.

Una madrugada, entre sueños, Oriana capturó la imagen del Estadio Carlini (Génova, Italia) durante la manifestación contra la cumbre del G8. La luz del sol se filtra a través de la lona de una gran tienda de campaña para bañar un mar de cuerpos dormidos. Horas más tarde, la potencia latente de esa hermandad de cuerpos en reposo estalla: brazos sosteniendo protecciones que sentencian la liberación de la ciudad, tomada por las fuerzas policiales y militares; cuerpos desdibujados en nubes de gas lacrimógeno que huyen o se aventuran a recoger y devolver los botes; cuerpos blandos, sensuales, hermosos, desafiantes y carnavalescos que bailan al ritmo de una música imparable provocada por las cargas de castigo de los cuerpos antidisturbios mecanizados.

El movimiento de movimientos alcanzó en Seattle un momento de eclosión que vislumbra un nuevo ciclo de luchas sociales en todo el planeta. Sus herramientas de trabajo político, sus nuevas gramáticas o sus formas de representación han pulverizado el viejo imaginario de la izquierda: donde algunos desearían volver a ver una unidad mítica, otros muchos trabajan por la proliferación; por un movimiento proteico donde los sujetos políticos sean moldeables, fluidos, contingentes, abiertos, plurales y diversos en un sentido fuerte: en sus aspectos, incluso, contradictorios o irreducibles. En Seattle, las fuerzas de control se vieron desbordadas por la multiplicidad y variedad de focos de acción e intervención repartidos por toda la ciudad. En Praga, lo que en principio era una manifestación unitaria masiva acabó ramificándose en tres corrientes de diversos colores (amarillo, azul, rosa) que atendían a las diferentes estrategias de confrontación y desobediencia. Así, en un abrazo antagonista, los tres frentes acabaron rodeando y paralizando el centro de congresos que albergaba el encuentro del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. En Génova, la convergencia de una diversidad de individuos, grupos y movimientos en el Estadio Carlini supuso la experiencia constituyente de un sujeto político complejo.

En Génova, también, los más poderosos de la Tierra financiaron sin pestañear una guerra civil a pequeña escala que ha quedado ya incrustada, como una esquirra, en el imaginario de una generación. La estrategia posterior de terror/tensión/control (registros y escuchas masivas, amenazas en privado, violencia más o menos matizada, control e identificación sistemáticas), a cargo de los Estados, que ha atravesado en el último año las movilizaciones de Bruselas, Barcelona, Zaragoza o Sevilla, se dirige también a nuestros cuerpos: busca inducirnos el miedo crónico a una amenaza constante y a veces imprecisa; pretende hacernos interiorizar la culpa y asumir la semiclandestinidad hasta en las actividades más públicas e inocentes; intenta que el cuerpo se atenece, se inmovilice, se autocontrole. Busca anular nuestra potencia.

El anhelo del actual movimiento de movimientos, en lo que tiene de verdadero, no es conquistar un poder político futuro, sino identificar y dispersar todas las formas de poder aquí y ahora, allá donde se concentren y sea necesario: por supuesto, en una cumbre política, pero también en otros centros de toma de decisiones, inclusive los nuestros; en la vida cotidiana, en tu casa, en tu grupo de afinidad, en tus sentimientos, en tu sexualidad, en tu propio cuerpo. Los nuevos movimientos, cuando son de verdad nuevos, no buscan ocupar el poder sino que tratan de liberar la potencia.

Cuando uno ha estado ahí, cuando uno ha formado parte de las nuevas imágenes, sabe que son insostenibles las viejas representaciones de bloques unitarios en manifestación colectiva más o menos uniforme. Cuando uno ha estado ahí, sabe que el amasijo de sensaciones y sentimientos de gozo, furia, rabia, sensualidad, felicidad, miedo, temor, deseo, solidaridad, apoyo mutuo, esperanza y libertad, es irreducible a imágenes unidimensionales o simplificadoras. Sabe que una reproducción de bandera anarquista clásica, reconvertida a los colores negro y rosa, es un símbolo político sencillo y justo que transmuta lo viejo en nuevo. Sabe que la frivolidad táctica vestida de rosa o plata es mucho más que una frase afortunada o una imagen llamativa, a la hora de descomponer, mediante lo imprevisto, la estrategia de tensión policial durante una confrontación en la calle.

Los nuevos símbolos provocan identificaciones fuertes: todos los movimientos sociales de transformación han construido, a lo largo de la historia, sus propias formas de representación y sus propios procesos de identificación. Es necesario trabajar duro para que las nuevas figuraciones no se vean reducidas a imágenes estridentes, grotescas o simpáticas, ni a meros adornos de la vieja política. La construcción de esas nuevas representaciones e imágenes, y el sostenimiento de su significado político justo, es una parte irrenunciable, hoy más que nunca, de la propia lucha. Se trata, literalmente, de una cuestión de imaginación política.

Las imágenes de cuerpos en acción, cuando son justas, constituyen la expresión de sujetos deseantes; acaso momentánea, puntualmente libres pero que, en su contingencia, representan la expectativa de un presente al que hay que arrancar el máximo tiempo posible de verdad, de libertad y autonomía.

Si las imágenes de Oriana son justas, exactas, es porque muestran que hay brazos que se alzan contra todo futuro programado. Lo son porque mantienen la distancia y el respeto necesario frente al cuerpo de un joven asesinado por la policía (ningún cuerpo masacrado debería ser objeto de recreación visual, aún con las mejores intenciones; ninguna imagen debería abstraer o aislar el cuerpo de un hombre muerto para convertirlo en un símbolo genérico). Porque iluminan

aquello que ensombrecen las imágenes espectaculares: la trama en red de sujetos que se constituyen, dispersan y vuelven a moldear (así el trabajo duro y persistente, la efervescencia de los centros de comunicación y convergencia). Los pequeños gestos, las tímidas acciones (los roces, las sonrisas, las muecas de dolor, rabia, miedo e impotencia) Porque señalan la potencia y no el poder; muestran la dispersión y la articulación; enfatizan la proliferación y la diversidad . No hay nada mas hermoso que los rostros de la gente en libertad. Retratarlos con exactitud es parte de nuestro trabajo político. (Porque aún nos queda mucho por experimentar, y porque nadie sabe todavía, con plenitud, de qué es capaz un cuerpo).

**Texto: Marcelo Expósito  
-2003- [copyleft]**

---

### **IMAGES OF THE GLOBAL RESISTENCE: nobody knows what a body is able to do.**

Everybody has seen, for some years now, in the press, on television, in the seminars illustrated with many colours, the images of groups of young people wearing colourful disguises. Innocent young people, charged maybe with reasons, but also with pipe dreams; dancing, nice and inoffensive bodies, jumping in front of the police as if it was a great party, foolishly travelling the world in search for the next summit.

Everybody has also seen the other abject: anonymous disguised people, dressed in black, opaque bodies that destroy and devastate without reason. Many people have seen, in the militant reports, countless terrifying images of police violence over broken, unarticulated bodies.

Some of us are tired of seeing the other well meaning documents where people gesture and talk in never-ending assemblies, where disfigured faces, portrayed in impossible frames theorise and postulate planning the umpteenth desirable future.

We have seen too many times these images which vision makes one state, perplexed and slightly downhearted: I have not been there, I do not recognise myself. None of them gets close to represent what a body is able to do.

One day, late at night, while dreaming, Oriana captured the image of the Carlini Stadium (Genoa, Italy) during the demonstration against the G8 summit. The sunlight filter through the canvas of a large tent to bathe a sea of sleeping bodies whose silhouettes fade. Hours later, the latent strength of that brotherhood of resting bodies breaks out: arms holding protections that sentence the city's freedom, taken by police and army forces; blurred bodies in tear gas clouds who get away or dare to gather and throw the cans back; soft, sensual, beautiful, challenging, carnival-like bodies who dance the rhythm of an unstoppable music in the middle of the punishment charges of the mechanical anti-riot forces.

The anti-globalisation movement in Seattle bloomed in a moment that glimpses a new cycle of social fights over the planet. Its political work tools, its new grammatical, its representation systems have pulverised the old left wing's ideas: where some people would like to see a mythical unity again, many others work for proliferation; for a protean movement where the political individuals are mouldable, fluent, contingent, open, plural and diverse in a strong sense: their appearance even contradictory and non-reducible. In Seattle, the vast number and variety of action and intervention spots throughout the city was beyond the control forces. In Prague, a massive unitary demonstration, starting from a certain point, divided into three differently coloured flows (yellow, blue, pink; black, in proper route) that distinguished different confrontation and disobedience strategies, which ended up surrounding, in an

antagonist embrace, the congress centre that housed the meeting between the International Monetary Fund and the World Bank and paralysed it. In Genoa, the convergence of a diversity of individuals, groups and movements in the Carlini caused the experience constituting a complex political individual.

In Genoa, also, the most powerful people on earth funded without hesitation a civil war on a small scale that has remained inlaid, like a splinter, in the mind of a whole generation. The subsequent strategy of horror (searches and massive tapings, threats in private, more or less toned violence, systematic control and identification), in the charge of the United States, which has undergone in the last year mobilisations in Brussels, Barcelona, Zaragoza or Sevilla, is also addressed to our bodies: it seeks to make us feel a chronic fear of a constant and sometimes imprecise threat; it intends to make us internalise guilt and assume half-underground even in the most public and innocent activities; it wants the body to grit, immobilise, control itself. It wants to override our strength.

The desire of the current movement of movements, in its true part, is to not conquer a future political power, but to identify and disperse all the power ways here and now, wherever they gather or whenever it is necessary: in a political summit, and also in other centres of decision making, including ours; in daily life, at home, in your affinity group, in your feelings, in your sexuality, in your own body. The new movements, when they are really new, do not seek to hold the power: they try to set strength free.

When one has been there, when one has taken part of the new images, one knows that the old representations of unitary blocks are untenable in massive, more or less uniform demonstrations headed by banners that show worn and rhetorical sentences. When one has been there, one knows that the jumble of sensations and feelings of pleasure, fury, rage, sensuality, happiness, fear, dread, desire, solidarity, mutual support, hope and freedom, cannot be reduced to one-dimensional or simplifying images. One knows that a copy of the classic anarchist flag, reconverted to black and pink colours, is a simple and fair political symbol that transmutes the old into new. One knows that the tactic frivolity dressed in pink or silver is much more than a lucky sentence or an eye-catching image, when decomposing, through the unexpected, the strategy of political tension during a confrontation on the street.

The new symbols lead to strong identifications: all transformation social movements have built through history their own representation systems and their own identification processes. It is necessary to work hard so that the new figurations are not reduced to striking, grotesque or nice images or to mere adornments of the old politics. The construction of these new representations and images, and the maintenance of its fair political meaning, is an essential part, today more than ever, of the very fight. It is, literally, an issue of political imagination.

The images of bodies in action, when they are fair, constitute the expression of desiring individuals; perhaps momentarily, punctually free: but that, in its contingency, represents the expectations of a present which the maximum amount of truth, freedom and autonomy time possible must be wrested from.

If Oriana images are fair, exact, that is because they show that there are arms that go up against every planned future. Because they maintain the required distance and the respect in front of the body of a boy murdered by the police (no massacred body should be object of visual recreation, even if the intentions are the best; no image should leave aside, isolate, the body of a dead man to turn it into a generic symbol). Because they light what spectacular images darken: the net plot of individuals who constitute, disperse and mould again. Because they point to strength and not power; they show dispersion and articulation; they emphasise proliferation and diversity versus uniformity.

There is nothing more beautiful than the faces of free people. Portraying them is precisely part of our political job. Because there is much left for us to experiment, and because nobody knows yet, exactly, what a body is able to do.

**text: Marcelo Expósito**  
**2003 [copyleft]**

